

Don Aniceto

Se levantó don Aniceto, aquel día, como siempre, por inercia. Llegó al trabajo sin darse cuenta, igual que siempre. Transcurrió la mañana de siempre: equivocada, como siempre. Comió un “menú del día” con el sabor de siempre. Llegaron las seis de la tarde y llegaron como siempre, tarde. Y como siempre, el autobús abarrotado le dejó donde siempre. Compró una barra de pan, de semillas, como siempre. En el portal encontró a la vecina de siempre. El ascensor no funcionaba, puerta abierta como siempre. En el quinto a recuperar resuello, igual que siempre.

Alguien, como siempre, había escrito con tiza en su puerta “Aquí vive un maricón de mierda”. Lo de siempre.

Pero aquel día la letra era diferente. El trazo seguro, de líneas rectas bien marcadas, había cambiado por otro más vacilante, con líneas ligeramente onduladas. El tamaño de las letras era algo más pequeño y la presión que se había ejercido para escribir era mucho menor. El lugar dónde estaba el insulto también era otro, cerca de medio metro más abajo.

“¡Por Dios ha sido su hijo!” pensó Aniceto. E hizo lo que nunca había hecho. No lo borró. Y escribió debajo:

“Aquí vive alguien que al nacer se encontró con un cuerpo que no sentía suyo, pero que cuando se mira al espejo ve su verdadero rostro con orgullo”

Y escribió en la puerta de en frente:

“Aquí vive alguien que al crecer equivocó sus ideas y que al mirarse al espejo ve un rostro sin orgullo”.

Al día siguiente abrió el armario que no abría nunca. Se vistió con las ropas que no se ponía nunca. Tras maquillarse, en el espejo se vio más hermosa que nunca. Salió a la calle valiente, como nunca. Y vio una luz que no había visto nunca. No fue a trabajar, algo que no había hecho nunca. Se tragó las calles con más apetito que nunca. Bajó por una riera abarrotada de vecinos con un orgullo que no había sentido nunca. Vio rincones que no había mirado nunca. El mar tenía un color que no había visto nunca. Y regresó a casa agotada como nunca.

Se miró al espejo y escudriñó ese rostro de ilusionada feminidad que le miraba desafiante e inconformista, retándole, no a un día, sino a una vida de ser ella misma.

Don Aniceto llevó el dorso de su índice a la mejilla del otro lado y al notar la frialdad del vidrio le guiñó un ojo a esa cara que era más suya que la suya propia y le prometió seguir en la calidez de la verdad consigo misma, una calidez que no dejaría nunca, disfrutándola para siempre.